

## AQUELLA GOOYA

Carlos Véjar Pérez-Rubio

2 de octubre no se olvida. *In memoriam.*  
Tlatelolco, Ciudad de México, 1968



**Una** banqueta desolada al sur de la ciudad. Una plaza aparentemente vacía. La avenida, menos transitada que de costumbre. De pronto, inusitado movimiento. Como surgidos de la nada, una veintena de jóvenes nos apretábamos compulsivos en un estrecho círculo. Una sola, enorme, boca, se abrió para dejar paso al grito unánime de nuestras gargantas reseca. Hacia nosotros, en un movimiento envolvente por los flancos, se dirigía a paso taimado una doble fila de granaderos. Los soldados, en sus camiones, hacían como que no miraban. La Gooya sacudió como un trueno el ambiente enrarecido y se perdió en las frondas que cobijan el monumento, provocando la respuesta tumultuaria de los brazos en alto enarbolando la “V”. Ya estaban cerca, muy cerca, cuando salimos despedidos en todas direcciones. Varios subimos mustios, apresurados, la breve escalinata del café, con el miedo dibujado en el rostro y el corazón estrujado. En esos momentos sentí que otro yo acababa de nacer dentro de mí.



La noche anterior había caído C.U. en poder del ejército. Cientos de compañeros estudiantes habían sido apresados, sumándose a los que ya empezaban a congestionar las cárceles. Sin haber una consigna clara, por intuición, por sentimiento, por curiosidad acaso, muchos participantes del Movimiento —universitarios principalmente— nos acercamos a las instalaciones de la Ciudad Universitaria. La tropa vivaqueaba en los prados y al pasar frente a ellos teníamos que tragarnos la afrenta. Después corrió el rumor: “La cita es en el monumento de Álvaro Obregón”, y a los que acudieron puntuales también los atraparon. Era ya la paranoia de la represión que preludiaba a Tlatelolco ensangrentado. Yo llegué un poco tarde, me encontré con Agustín y sin perder tiempo nos metimos al café para palpar la escena a través de los grandes ventanales. Juntos habíamos participado en todas las manifestaciones, desde la del Rector Barros Sierra, con Chepo, y en algunas



brigadas y asambleas. Un montón de gente estaba ahí, hojeando disimuladamente libros y revistas o deambulando por los pasillos tratando de aparentar indiferencia. No se percibía nada anormal, ni en el interior ni en el exterior, como no fuera que todo parecía normal. Pronto, sin embargo, el sordo rodar de los camiones militares concentró nuestra atención, interrumpiendo la discusión que habíamos emprendido sobre Marcuse y las rebeliones estudiantiles. A mí me había tocado presenciar en París los diez primeros días de la Revolución de Mayo, a mi regreso reciente de Finlandia. La melodía pegajosa de “Yesterday” inundaba el ambiente, pero nosotros pensábamos más bien en el mañana. A esa edad todos estamos cargados de futuro.

Los camiones se estacionaron a lo largo del camellón de Insurgentes, de sur a norte, y eran incontables. “El resto”, diría ya desde entonces cualquier chavo de la prepa. Los soldados no bajaron. Se quedaron como esfinges en sus asientos, contemplando absortos los reflejos en sus bayonetas caladas. ¿Cómo verían ellos el mundo? De pronto, como por arte de magia, aparecieron varios camiones de transporte colectivo maniobrando extrañamente junto al monumento hasta quedar debidamente estacionados. Los veíamos de frente. Y enseguida, para sorpresa nuestra, surgieron del interior del parque varias filas de estudiantes y granaderos, que se dirigieron acompañadas a ellos. Desde la distancia podíamos observarlos, diminutos, impersonales. Fue entonces cuando un impulso irresistible me obligó a salir y lanzarme a la acera, ignorando los llamados a la cordura de mi amigo. Algo necesitaba yo hacer. La impotencia del que se quedó. El que hubiera querido salir y no pudo. El que en su íntimo yo se solidarizó con los de afuera. El ciudadano que sintió su seguridad a salvo al ver actuar con energías a las fuerzas del orden. El que justificó sádicamente la represión, aduciendo conspiraciones comunistas o desórdenes de vagos. El que se decía apolítico sin advertir que esa era una posición política. Un

horizonte de rostros crispados y manos enarbolando la “V”. Actores y espectadores en la comedia humana. Eso era México en 68.

El grito me recordó aquel de Munch. Era un grito individual, que brotaba angustioso de lo profundo de nuestra conciencia personal. Pero también era un grito colectivo, una manifestación social. Era protesta. Era miedo. Era soledad de una juventud incomprendida, traicionada, que creía firmemente en lo que estaba haciendo. Era solidaridad para aquellos que estaban trepando como autómatas a los camiones, allá a lo lejos. Algunos, quizás, nunca regresarían de ese viaje. Era mentada de madre a los granaderos que se nos venían encima como autómatas teledirigidos. Apoyo a Vietnam, dolor por el Ché. Esta ocasión la Gooya no era consigna retadora en un estadio abarrotado, dirigida a los rivales del Politécnico. Ahora estábamos juntos, todos. Y avanzaríamos.

La lucha prosigue. Una banqueta desolada. La tarde gris sobre la plaza. 18 de septiembre de 1968.

Nota: Una primera versión de este artículo fue publicada en el libro del mismo autor, titulado *ONANIS, Crónicas y relatos de la arquitectura y la ciudad* (Ediciones Gernika, México, 1992). [📄](#)

---

**Carlos Véjar y Pérez-Rubio** (Ciudad de México, 1943). Arquitecto y escritor mexicano, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Fue investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Sus más recientes libros son *La espiral del sincretismo. En busca de una identidad para nuestra arquitectura* (UNAM, UAM-X, UIA, UACJ, CUT, UCSG-ECUADOR, Gernika, 2007), *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2014), *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015) y *La generación del puente* (Palabra en vuelo, 2021). Es Director General de *Archipléago. Revista Cultural de Nuestra América*.